

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

LA GEOGRAFIA HUMANA DEL PERU.

(A propósito del libro *Geografía Política* de C. Nicholson. Arequipa, 1935).

El año último, en la ciudad de Arequipa, acaba de publicar unos Ensayos de Geografía Política del Perú el señor Carlos Nicholson. Pequeño en su apariencia, este libro, tiene, sin embargo, un contenido que le hace capaz de suscitar honda inquietud en torno de los asuntos que trata. Aparece precisamente en instantes en que la conciencia nacional intenta sacudirse del polvo del pasado y otea el futuro con una preocupación grávida de interrogantes.

En el mundo todo, los estudios geográficos revisten actualmente una nueva modalidad. La geografía local no interesa ya tanto, desde el punto de vista de una reducida área de terreno. Lo que absorbe la atención principal de los investigadores es la Geografía apreciada como un complejo de carácter universal, viviente y cambiante. Mejor dicho, los estudios geográficos tienen un carácter totalista. Y es con esta visión integral del mundo que la Geografía, de meramente descriptiva, se ha transformado en un cuerpo de conocimientos en el cual el hombre se nos muestra desenvolviéndose en el curso del pasado a través de determinantes legítimamente geográficos, de un lado, y sociogeográficos, de otro. De este modo los accidentes fisiográficos, sinuosidades, elevaciones, llanos y costas, no interesan sino en cuanto son considerados como factores que han intervenido eficazmente en la vida de las agrupaciones humanas. Concebida así la Geografía, a partir de Humboldt, especialmente con Ratzel y otros hombres de ciencia, como Hettner y Banke, en Alemania, Vallaux, Martonne y Branches en Francia, Davis y Bowman en Estados Unidos; tiene, para nuestra época una valoración que no puede desestimarse y que le destaca sobresalientemente entre los estudios científicos y culturales.

La Universidad Mayor de San Marcos, el primer instituto de alta cultura nacional, no ha podido sustraerse a esta nueva inquietud geográfica universal; porque, en su esfera, caben multitud de problemas vitales profundamente actualistas, como son los relacionados con las cuestiones económicas, políticas, espirituales, que atañen no únicamente a nuestra nacionalidad, sino a zonas geográficas en apariencia alejadas y que, sin embargo, significan para nosotros enigmas en los cuales tiene destacada figuración la geografía peruana en sus diversos aspectos. En la Facultad de Ciencias de nuestra Universidad se dictan actualmente las cátedras de Geografía Física del Perú, Climatología y Meteorología; en las Ciencias Económicas la de Geografía Económica General y del Perú; y en la Facultad de Letras la cátedra de Geografía Humana General y del Perú. En dichas cátedras, con esa visión totalista de la moderna Geografía se estudia la geografía nacional, procurando penetrar el espíritu geopolítico y económico del Perú. Es sobre todo, en dicha última cátedra, donde el Dr. Bustamante Cisneros con un criterio realista y poseído verdaderamente por el espíritu de la Moderna Geografía, se esfuerza en proporcionarnos una visión ensanchada y completa de la Geografía Nacional, aprehendiéndola como un complejo viviente, y tomando este complejo tanto en su sentido histórico y "pasadista", como en su sentido interpretativo y "futurista", para ir adelante con las lecciones determinantes del ayer.

El señor Carlos Nicholson con sus Ensayos de Geografía Política del Perú, coloca una piedra más en el edificio de los estudios de este carácter que se está levantando entre nosotros. Y no está sólo. Le acompañan cerebros lúcidos, que de día en día se suman a las filas que ya podemos llamarlas de los dirigentes del mañana; porque nó otra cosa serán los que hoy día sientan las bases para una interpretación integral de nuestra realidad sociogeográfica.

El Perú, en efecto, es un país cuyos habitantes aún no se conocen y viven, por efecto de este descoyuntamiento orgánico, momentos de intensa dramaticidad antropogeográfica. Desde el pasado más remoto, que se pierde en nuestra prehistoria, vivimos caóticamente, excepto los tiempos del Incanato, en los cuales los primitivos peruanos mantuvimos un espíritu de unidad bastante pronunciado, pese a las incursiones guerreras que los Incas se vieron en la necesidad de efectuar en distintas direcciones para el engrandecimiento del mismo Imperio. La cultura incaica se encontraba recién en el proceso inicial de su maduración y no había aún adquirido por lo mismo solidez para resistir las influencias poderosas del invasor. Como dice Nicholson "La gran tragedia del Perú, reside en que las diversas olas culturales que lo recorren lo hacen atropelladamente. Cada ola nueva encuentra un proceso en plena cla-

boración, lo detiene y lo desvía por cauces nuevos. Quizá de esto dependa el misterio de la facilidad con que cede a cada dominador. La capa dominadora no tiene tiempo de llevar hasta los bajos fondos de la población, el contenido total de su cultura”.

Por eso, el Virreynato, no significa casi nada para nosotros. En el Virreynato el Perú se halla como ausente. Como bien lo dice Nicholson “El Vireynato marca un largo paréntesis en la vida peruana. No es el Perú, es España con sus glorias y vicios, que vive en su colonia, en tanto que la población nativa perece en las minas y en los trabajos de las tierras, y mientras un nuevo elemento étnico, importado del Africa, viene a aumentar la complejidad de los problemas políticos peruanos”.

De ahí que los siglos de la dominación española constituyan para nosotros siglos de completa disgregación espiritual. Sin embargo, no es esto toda la obra del Virreynato. En ese tiempo se nos inculca sangre nueva, extraña, defectuosa, que habrá de ser de fatales consecuencias para nosotros y aún ahora, después de más de un siglo de nuestra independencia. Dejemos también a Nicholson hablarnos al respecto, con esa desnudez que le caracteriza: “Con Rodil salen de tierras peruanas los últimos conquistadores, los últimos representantes genuinos de la España imperial, gloriosa y cruel. Dejan sangre en América, pero esa sangre del primer mestizaje, en la que predomina el elemento extranjero, pobre resultado del cruce de dos grandes razas, conserva, por extraña fatalidad, todos los defectos y muy pocas de las virtudes de sus progenitores”.

Con tales palabras queda así debidamente caracterizado el nuevo espíritu de los peruanos que habrán de consolidar la independencia nacional. A partir de aquel entonces el Perú se debate en crisis terribles. Lima se conserva siempre española, como alguna que otra ciudad costeña de menor importancia. Situada en la costa y sintiendo de cerca la influencia extranjera, Lima, ciudad de evasión, no puede convertirse y llegar a ser efectivamente la capital del Perú; y se establece de este modo una división que habrá de mantener y ahondar la política conducida en la mayor parte de las veces por grupos de audaces que juegan a la “revolución”. La verdadera cultura del nuevo Perú no puede así prosperar. Toda la tragedia del Perú consiste precisamente en querer dar a nuestra civilización un matiz costeño, siendo así que el Perú es por naturaleza y por sus vivencias profundas netamente serrano. La cultura costeña, propiamente, no existe en el Perú. Fuera de algunos casos aislados, ahí donde nos parece notar cultura costeña, aún en la misma capital, no es sinó legítima cultura serrana transplantada a la costa y allí aclimatada. Esta tragedia, sufrida por el Perú fuertemente y de modo especial en los primeros años de su vida independiente, la pone de relieve Nicholson cuando dice: “realizada la independencia, el Perú, desorientado, sorprendido, volvió la vista hacia

el Occidente, hacia el mar hostil, por el que llegaron y partieron los conquistadores, y abandonando su "Habitat". (Es decir su región propia de vida), la civilización corrió a la costa. No ya la civilización grandiosa de una raza libre, en su propio suelo, sino una civilización importada que hasta hoy, tras cuatro siglos, choca en todas sus manifestaciones con el alma de la raza".

Por esta razón el Perú, de manera especial en los años que siguen a la Independencia, se debate en una vida cuasi artificial. Tambáleca y en su afán de equilibrio bien pronto se enreda en compromisos económicos y al solicitar la ayuda financiera de los países fuertes, da cabida a la intriga extranjera en la política del país, como también lo dice Nicholson.

Y en esta forma se desenvuelve, paso a paso, la vida del Perú independiente. Abundan los golpes de Estado, los juegos a la "revolución", las camarillas políticas; que concurren a desvirtuar el sentimiento nacionalista y de unidad racial, elementos indispensables para la formación de la conciencia de todo pueblo. Después de más de un siglo de la proclamación de nuestra independencia, el Perú se ha mantenido aún, en lo íntimo, eminentemente colonial. La larga y dolorosa experiencia del pasado, lleno de reveces sin fin, permanece todavía inaprendida. Las voces que se han levantado en diversos momentos para fustigar la pereza y la desidia de los que tienen ingerencia en la marcha del organismo gubernamental, se han perdido siempre en el vacío, llevados por el viento de un indiferentismo congénito que parece ser la base del complejo nacional que obstruye el camino del Perú.

Carlos Nicholson pone de manifiesto sobre este particular algo que hasta este momento no ha sido tomado seriamente en cuenta y que recién, a la lumbré del pretérito, se nos hace posible distinguirlo con más o menos nítida claridad: "Muchos serranos creemos que una de las causas principales reside en el error cometido por la República en mantener como Capital del Estado independiente a la Capital colonial. Apenas realizada la independencia, ya se ve que no puede nacer una política verdaderamente nacional de la Lima virreynal, que aún siente la ofensa hecha por los libertadores al Monarca, quizás con más fuerza que la desmembración territorial. Su desgraciada posición estratégica, a la orilla de un mar dominado por las flotas de las grandes potencias, le hace singularmente accesible a sus influencias. Estas y las de los grandes terratenientes tienden constantemente a esterilizar la labor de nuestros gobernantes".

Con lo que queda planteado un problema de incalculable trascendencia para el futuro de nuestro Estado y de nuestra Nación. Ha habido, hasta nuestros días, en efecto, un antagonismo marcado entre Lima y el resto de la República. Casi toda la historia del Perú se reduce a Lima. Mejor dicho, casi se puede asegurar que la historia del Perú se ha hecho en Lima. Por esta circunstancia, en lugar de

amortiguarse y desaparecer la división establecida desde los tiempos de la Colonia entre nativos y criollos, háse mantenido viva excepcionalmente en la Capital. En la provincia se experimenta con mayor intensidad esta separación de la ciudad con la cual debiera sentirse unida espiritual y materialmente y que, sin embargo, no significa nada para élla. De ahí el atrazo del país entero. Fuera de Lima, el Perú parece que no ha evolucionado; especialmente la región serrana, aún nó debidamente socializada. Ahí están los pueblos oscuros y tristes, que todavía recuerdan la humillación que les hiciera padecer la dominación española; ahí están los antiguos, los autóctonos habitantes de un Perú que parece adormecido y que, a pesar de presentar tal apariencia, guarda en el fondo sobradas energías para emplearlas en la resurrección de las masas indígenas que habrá de operarse en algún momento del futuro.

Sin embargo, frente al mañana, no es posible adoptar una actitud pesimista en absoluto. La verdadera historia del Perú está aún por vivirse. Factores geográficos, étnicos, económicos, políticos, esbozan un porvenir brillante. Pero, por encima de éstos, coexistiendo al lado de éellos, hay un factor desatendido comúnmente y que ha constituido siempre un factor de profundas repercusiones en las grandes transformaciones nacionales y al cual Nicholson dedica la mayor parte de su libro para explicar los cambios que habrán de operarse en nuestro propio suelo por efecto de su oportuna actualización, combinándose con fuerzas extrañas y trascendentes. Nos referimos a lo que Nicholson designa con el nombre de "Tensión". "Nos prestamos la palabra "tensión",—escribe Nicholson—de la física de los gases para expresar la fuerza expansiva característica de los Estados, en su afán por buscar sus condiciones ideales de equilibrio y estabilidad".

De este modo al estudiar el fenómeno de la "Tensión" con un criterio totalista, es decir desde el punto de vista de la geografía política universal, Nicholson nos hace entrever posibilidades de cambios que habrán de sentirse vivamente en el Perú, a causa de encontrarse en la zona del Pacífico, escenario de grandes acontecimientos futuros, "La tensión,—nos dice Nicholson—puede provenir de causas físicas, económicas o espirituales; hablaremos pues de tensiones físicas, tensiones económicas, o tensiones espirituales, según el caso". La tensión física se manifiesta cuando hay falta de proporción entre la tierra y la población. La tensión económica cuando los recursos disponibles no alcanzan a satisfacer las necesidades de un pueblo y cuyas consecuencias pueden repercutir en un futuro más o menos próximo. La tensión espiritual, por último, se pone de relieve cuando hay disconformidad entre las fronteras territoriales y las aspiraciones religiosas, sociales, raciales o políticas de un Estado.

Estudiando Nicholson minuciosamente cada una de estas tres

modalidades de tensión que pueden nacer en un Estado, tanto desde el punto de vista mundial como desde el nuestro; se explyea en fecundas consideraciones de carácter geopolítico, que precisan ser tomadas en atenta consideración si queremos librar a nuestra patria de graves complicaciones internas y externas. No experimentando el Perú de una manera aguda ninguna de las modalidades de tensión arriba indicadas, las sufre, sin embargo, de otros Estados, con los cuales se halla en cierta medida estrechamente unido, recibiendo, pasivamente, fuertes influencias que han de tener decisiva influencia en nuestra vida nacional.

Acabamos de escribir "carácter geopolítico", y es preciso delimitar los alcances de estas dos palabras, mejor dicho de ésta última, a fin de hacer comprensible lo que pueda venir. El Dr. Bustamante Cisneros, en su cátedra de Geografía Humana General y del Perú, nos ha explicado lo que se entiende por la geopolítica de un Estado. Debemos antes referirnos al concepto de Geografía Política, al efecto de diferenciarla de aquélla. Geografía Política, como bien lo sabemos, es el estudio de la influencia del elemento geográfico en la estructura política de un país. En la Geografía Política estudiamos la orientación, los órganos de vida, fronteras, rutas, ciudades, capital, la red administrativa de un Estado, para atender a las necesidades propias de su existencia y conservación como tal. La Geografía Política estudia pues la relación de las circunstancias geográficas con la realidad política de un país, tal como es, es decir, con un sentido estático, quieto. La Geopolítica, en cambio, ensancha ese contenido estudiando la geografía política de un país con un criterio dinámico. La primera se ocupa de lo que es. La segunda se ocupa de lo que va a ser, de lo que va a acontecer, de lo que devendrá. Ambas miran pues el presente y el pasado; pero, la Geografía Política, se queda con el presente, mientras que la Geopolítica la trasciende, vá más allá, procurando penetrar la niebla del futuro al través de las proyecciones de un pasado ya ido y de un presente preñado de dudas, vacilaciones y tanteos. La visión de aquella en su historicidad distintiva resulta así "pasadista", la de esta última eminentemente "futurista".

Apuntadas las palabras que anteceden, nos será ya fácil comprender los alcances de las interpretaciones geopolíticas que encierran los Ensayos de Nicholson. Al estudiar las tres clases de tensión más adelante indicadas, Nicholson pone de relieve las derivaciones que nosotros podemos sufrir y que ahora mismo las comenzamos ya a sentir, frente a las manifestaciones de tensión en los diferentes países con los que el Perú cultiva relaciones y a los cuales sirve en cierta medida de puerta de escape. Por efecto de la tensión física, por ejemplo, sufrida por el Japón, China, Estados Unidos, Italia, Inglaterra, Francia y otros países, en especial los tres primeros, el Perú recibe en los presentes momentos gran cantidad

de elemento étnico, que contribuyen a hacer más complicados los problemas nacionales. En lo que respecta a esta misma tensión física, el Perú, en estos instantes, la sufre en determinadas partes de su territorio, especialmente en el sur, en las vecindades del Títica-ca, en Puno y Cuzco, lo que tiende a desviar hacia esa región el centro de gravedad del Perú. De este modo la región del sur se transforma en la región más agitada del país y amenaza establecer una cierta supremacía sobre el resto de la República. Y no es exagerado, por lo mismo, creer que es de allí de donde se esparcerá la semilla de grandes transformaciones políticas en el Perú.

En lo que se refiere a la tensión económica que actualmente experimentan las naciones señaladas en el acápite anterior y que en forma directa se refracta también sobre el Perú, debemos decir que crea aún problemas de mayor agudez, de más trágicas perspectivas. El problema económico, con ser en todos los Estados el más difícil de resolver, tiene todavía la agravante de llevar aparejado el gérmen de multitud de complicaciones, hasta el punto de que, su desatención o deficiente resolución, puede traer como consecuencia radicales transformaciones en todo orden de cosas. De ahí que, la tensión económica, vivida por el Perú en la actualidad ya sea directa o indirectamente, constituye la fuente de futuras acciones encaminadas a cambiar la faz de nuestro país y aún de todo el continente americano, en especial del suramericano. Nicholson escribe: "Sobre el Perú, como sobre la Indoamérica toda, convergen tensiones económicas europeas, asiáticas y norteamericanas que no pudiendo tomar francamente pie en nuestro suelo, luchan por controlar la economía y monopolizar el tráfico del Continente".

La tensión económica sufrida por otros países y muy en especial por el Japón, China, Estados Unidos, etc., repercutiendo pues sobre nosotros, crea problemas de gravísimas consecuencias, no tan sólo para el Perú, sino también para los Estados del Pacífico. Este océano, en efecto, está llamado a ser el teatro de importantes acontecimientos futuros. Colocado el Perú en la zona de mayor influencia de los países acabados de mencionar, no sólo siente ahora la presión económica que ellos ejercen, sino que, su vida, sus finanzas, su política, y en general todas las formas de su actividad vital, tienden a quedar supeditados por el creciente avance de las fuerzas extranjerizantes. El Japón y los Estados Unidos, colocados frente a frente en el Pacífico, cada uno descaando sentar las bases de su hegemonía para salvaguardar sus intereses económicos, han creado en el Pacífico una situación que adviene peligrosa para la independencia de los Estados suramericanos y de manera particular del Perú, que se presenta como un campo propicio para servir de válvula de escape a la fuerte tensión económica que ellos padecen.

Por esta circunstancia Nicholson dedica dos capítulos de su libro

para el estudio del tráfico y de la situación económica en el Pacífico. “La apertura del Canal de Panamá,—escribe Nicholson—es el acontecimiento que ha transformado totalmente la posición del Perú, con relación a las grandes líneas del tráfico internacional. El 15 de Agosto de 1914, ocho días después de la declaración de guerra de Alemania a Rusia, con lo que comenzó la Guerra Mundial, fué abierto al tráfico internacional el Canal de Panamá. La coincidencia de realizarse ambos acontecimientos casi simultáneamente no ha permitido apreciar, en toda su amplitud, la transformación experimentada por nuestros países, con relación a los grandes ejes del tráfico internacional. La consecuencia política más importante de la nueva situación es que las costas de México, Centro América, Colombia, Ecuador y Perú, se verán, por la fuerza de las circunstancias, llamadas a desempeñar un papel activo en toda operación de guerra que tenga como objetivo el ataque, o la defensa, del canal de Panamá”.

Desde el punto de vista de su situación, en parte central y occidental de la América del Sur, el Perú, pues, de hecho, queda incorporado a un plan de influencias japonesa y norteamericana. Constituímos, además, valioso mercado para los productos manufacturados de estos dos países. Ambos tienen profundo interés en nosotros; no desde luego por nosotros mismos, sino por ellos. Han comprendido que en el Perú tendrán uno de sus mejores puntos de apoyo para su defensa en contingencias futuras. Y hacia nosotros se dirige gran parte de su atención. No sería aventurado, decir, por consiguiente, que la suerte futura del Perú, dependerá de la actitud que adoptemos frente a ellos.

Por otra parte, en lo que concierne a los factores de nuestra propia economía, debemos señalar que, en concordancia con las influencias que acabamos de poner de manifiesto, ella se desenvuelve en pugna constante con los elementos extraños que amenazan absorberlo. En este sentido escribe Nicholson: “Mientras la empresa extranjera dispone de capitales a bajísima tasa de interés y opera sobre productos nobles de utilidad inmediata; la nacional tiranizada por una estructura bancaria dedicada únicamente a servir a la empresa extranjera—la tasa de descuento normal oscila al redor del 10 % anual—tiene además que luchar contra la pobreza y la desconfianza de la población, las condiciones geográficas del país, las imposiciones de los mercados extranjeros y hasta con la ruinosa competencia de pequeñas empresas nacionales y extranjeras. La única base sobre la que puede edificarse una economía nacional es el mercado interno y en el Perú todo se conjura para dificultar su creación. La producción está principalmente determinada por el clima y de allí que las empresas nacionales más fuertes, ubicadas en la costa, tengan que dedicarse a determinados productos que resultan ser, a la vez, los más sujetos a bruscas fluctuaciones

del mercado mundial y los menos aparentes para su introducción intensiva en el mercado interno. La distribución se halla principalmente determinada por la densidad de la población y la topografía del terreno y así la empresa nacional tiene que luchar con la falta de densidad y el precio prohibitivo de los transportes. Por último el consumo, dependiente del número, densidad y grado de civilización de la población, no puede,—dentro del estado actual— elevarse a cifras suficientes para permitir la ampliación de las empresas existentes y la creación, en gran escala, de las que faltan”.

Hemos hecho una cita un poco extensa, porque toda ella da una idea de la complejidad del problema económico surgido como consecuencia tanto de nuestra propia economía como por efecto de la tensión económica que sufren los países con los cuales el Perú se halla entrelazado en ese sentido. No es pues el problema económico algo que nosotros podemos posponer indefinidamente. Su efectividad, su agudez, nos obligan a tomar medidas que defiendan de manera positiva la economía genuinamente nacional. La cuestión económica, en nuestro medio, como en todas partes, constituye un centro de encontradas inquietudes. Es actualmente el punto de partida de muchas corrientes doctrinarias que pretenden transformar el medio social y político establecido, en otro mejor a una más acertada distribución de la riqueza. ¿Fuera del Marxismo, del Socialismo, no es posible resolver adecuadamente la cuestión económica?. Creemos que con una mira elevada y con desprendimiento, en aras de la concordia nacional, débese abordar cuanto antes el problema económico, el problema de la tierra, si queremos evitar graves acontecimientos en el porvenir. En todo caso, poseídos como estamos por la creencia en la intervención de fuerzas trascendentes en la marcha evolutiva de los pueblos, que deben cumplir el cielo vital que les asigna su propio carácter, confiamos en el Sino del Perú, en el más amplio sentido spengleriano de la cultura y de las civilizaciones, que deberá empujarnos hacia nuestra propia realización como Estado y como Pueblo.

Experimenta también el Perú la influencia de la tensión espiritual que sufren otros países. Aquí mismo, en nuestra América, la idea del Panamericanismo, es una corriente espiritual que tiende a la unificación política y económica de los países americanos. Sin embargo, esta tendencia ha chocado y choca en el presente con serias vallas. Por esta razón, se piensa ahora en el Indoamericanismo, aunque también esta idea es vieja y el Perú la sostuvo en la Conferencia de Lima de 1848, en el Tratado Continental de 1856 y en la Conferencia de Lima de 1864. Con todo, se hace difícil pensar sinceramente en un Indoamericanismo. Los intereses que cada país defiende son casi imposibles de conciliar y las disyunciones de las fronteras resultan demasiado consistentes para creer posible una franca comunión espiritual entre los países suramericanos.

La tensión espiritual en el Perú se manifiesta como tensión esencialmente política. La heterogeneidad racial que le caracteriza, no favorece la formación espiritual nuestra como un todo compacto y unido. De ahí la efervescencia política, de un lado, y la desorientación interior, por otro. Planea sobre todo el Perú una crisis absoluta. Las agrupaciones políticas, producto en su mayoría de matiz híbrido y caótico, no son lo suficiente fuertes y no están también convenientemente organizadas para ser capaces de canalizar las necesidades y las aspiraciones íntimas del pueblo peruano. Todo tiende a relajar las energías y a paralizar las iniciativas individuales en pro de un ajustamiento integral de nuestra vida. Hay en los de abajo resentimiento y aún rencor por los de arriba; en los del medio vacilación entre aquéllos y éstos y aún tendencia a proletarizarse; y en los de arriba, por último, carencia de sentido de la responsabilidad, crisis de moralidad, lo que hace francamente imposible una penetración con los altos intereses nacionales encarnados en la mayoría de los habitantes.

Constatado el fracaso político de los de arriba la conciencia nacional parece comprender que la salvación espiritual del Perú se halla en los de abajo. Sin embargo, aquéllos, no pueden, ni siquiera imaginarse, su pase a una situación secundaria en la estructura del Estado y pugnan por conservar el poder que se les escapa de las manos. Y los de abajo no se han dado cuenta aún de que el centro del poder tiende a pasar hacia ellos. De aquí la desorientación de éstos últimos. De aquí también el abandono en que los de abajo persisten aún en vivir, siendo así que el cambio de rumbo que se está operando en el país les obliga a adoptar una actitud de aprendizaje y de capacitación para cumplir eficazmente el designio providencial recaído sobre ellos de salvar al Perú: en unas manos el poder y en otras la riqueza.

Hasta ahora el Perú no ha vivido políticamente en el amplio sentido de la palabra. Política, se dice, es el arte de gobernar, mejor dicho, la ciencia del Estado. Gobernar no es usufructuar, no es oprimir, no es devastar, no es empeñar. Gobernar es inyectar vida en el organismo nacional, es hacer obra de cultura y obra de civilización, no sólo en una determinada circunscripción territorial, sino en todo el territorio estatal. Y en este sentido el Perú ha vivido muy poco. La razón de esto quizá se halla en que la política ha estado siempre en manos inadecuadas. Constituyendo la mayoría del Perú una población serrana, la política ha debido estar en manos de serranos. Pero, esto no ha sucedido. De ahí el fracaso de todos los políticos. La verdadera política tendrá lugar pues cuando los serranos emprendan resueltamente su camino y tomen la capital. Sólo entonces el Perú comenzará su vida política, empezando a partir de éllo su verdadero encumbramiento.

Mientras tanto, preocupación de todas las provincias debe ser

su capacitación para el futuro. Sabiendo que el porvenir es de ellas, su misión es prepararse para gobernar. Debe echarse a un lado pues la política de segundo orden, que es la única que se conoce en el Perú. Las provincias luchan hoy contra sí mismas y entre sí empujadas por Lima. No alcanzan a distinguir la necesidad que tienen de unificar sus fuerzas para emprender la marcha política hacia la capital y pierden sus energías en luchas que no tienen ninguna trascendencia para el porvenir de ellas mismas y que únicamente tienden a dividir las y a favorecer los apetitos de los políticos y burócratas limeños.

En la actualidad la región sureña del Perú gravita fuertemente sobre la política del país. El descentralismo es una de su más característica manifestación. Pero, no obstante su gran vitalidad, la región del sur todavía no ha adquirido la necesaria unificación espiritual capaz de incrementar su potencialidad reformadora. De allí su aparente vacilación. De allí también la dispersión de sus fuerzas en su tres núcleos distantes: Puno, Cuzco y Arequipa. Y es que, por el momento, el Sud-Perú no ha comprendido la conveniencia de unirse a otras zonas de densidad netamente serrana, con las cuales debe en lo futuro totalizarse para la conquista y la reivindicación del peruanismo auténtico que pugna por abrirse paso a través de la maraña claudicante que entorpece la evolución nacional.

Lima, Febrero de 1936.

Biblioteca de Letras

CÉSAR GÓNGORA P.

«Jorge Puccinelli Converso»